

1933

MARCO TULLIO CICERÓN.

No es este el nombre de un orador, es el nombre de la elocuencia, dice Lamartine.

Es Cicerón, según muchos, el mayor genio Literario que el Universo ha conocido.

Poeta, Filósofo, ciudadano,, magistrado, administrador de provincias, cónsul, moderador de la República, teólogo, orador, ídolo y víctima del pueblo.

Disputa a Demóstenes el cetro de la oratoria. Iguala a los más grandes filósofos de su patria. ¡Hombre intachable! Su principal divisa fué la honradez, su única preocupación, la patria.

¡Gloria para Roma, ejemplo para el Universo!

Sólo dos faltas se le conocieron. El vanagloriarse a si mismo, y las indecisiones en que incurrió al fin de su vida, faltas por lo demás muy justificables.

Nació el gran orador romano el año 107 antes de Jesucristo, en (647 de Roma) en la pequeña ciudad de Arpino.

Según la tradición, un genio se habría aparecido a su nodriza, diciéndole que con ese niño vendría al mundo la salud de Roma.

Su familia vivía comodamente en provincias, sin pretender cargos públicos y sin acercarse a la capital.

Los abuelos de este gran genio oratorio se habían distinguido por su elocuencia, y no era nada de raro que estas cualidades las heredará el nieto. Se

Se educó el que más tarde sería proclamado Segundo Fundador de Roma, en las mejores escuelas Romanas y griegas de su país.

Su gran habilidad hizo de él un aventajado alumno. Fué tal el ascendiente que se captó entre sus compañeros, que lo proclamaron Rey de Los Estudiantes.

En su juventud, cultivó la poesía, como todos los grandes oradores.

"Abrid, a Demóstenes, a Cicerón, a Chatham, a Mirabeau, a Vergniaud; Donde estos oradores están sublimes, están poetas. ¡Infeliz el que que no ha sido poeta una vez en su vida!" dice el Biógrafo de Cicerón, Alfonso de Lamartine.

Escribió este insigne orador romano, un gran número de poemas. Cuando subió por primera vez a la tribuna, ya era conocido en el pueblo por sus versos.

Concurría frecuentemente al foro, donde escuchaba a sus maestros Escévola, Hortencio, Craso y Antonio, y donde poco tiempo después se presentaba asombrando con sus palabras a los hombres más elocuentes de su época.

Pero la enfermedad consumía poco a poco la vida de aquel gran hombre, y le impedía presentarse más seguido a la tribuna.

Su pasión por conocer la Grecia, los grandes filósofos y oradores griegos, y los consejos de su familia de huir de Sila, tirano de su patria, lo indujeron a abandonarla y dirigirse hacia aquel país. Allí se dedicó exclusivamente a los estudios filosóficos.

Muerto Sila, volvió a Roma, donde permaneció retirado a la vida privada.

Más su familia y sus amigos lo convencieron de que en los momentos críticos porque atravesaba la República Romana, él podría hacer algo

Avanzó entonces por el campo de la política, donde se distinguió más tarde. Pidió junto con sus maestros en el arte de la oratoria, Hortencio y Cato, la cuestura de la nación. Los tres la obtuvieron. En la distribución de las provincias, correspondió a Cicerón la Sicilia.

Recorrió durante su cuestura toda la provincia. Resentido la tumba de Arquimides y levantó un monumento a este gran físico a sus propias expensas.

Años después de la cuetura, fué elegido por unanimidad edil. Tenía a su cargo el embellecimiento de la ciudad.

En esa época escribió, a intancias de los sicilianos, sus famosas arengas contra Verres.

Dos años des ués solicitó la pretura. Pompeyo, que era apoyado por el Senado, recibió el poder de Dictador. Cicerón fué pretor.

Hasta entonces Cicerón no había hablado al pueblo. Se sentía muy in-significante delante de ese auditorio. "Le conviene, decía, una elocuen-cia tan intrépida, tan diversa, tan nítida, tan onnipotente como él. Pa- ra conseguir eso apenas basta la mitad de una vida."

Subió por primera vez a la tribuna, delante de tan fino auditorio, para defender a Pompeyo., y triunfó, lo que le valió dos años más tarde el consulado de la nación, el sueño de toda su vida.

Catilina, caudillo de la Demagogía y de la Anarquía, se declaró en abierta rebelión contra el Senado. Este dió entonces poder de dictador a Marco Tulio Cicerón. Catilina se presentó al Senado rodeado de sus ami- gos. Entonces Cicerón pronunció el primero de aquella serie de cuatro de discursos, que se conoce con el nombre de las Catilinarias.

"¿Hasta cuando, Catilina, abusarás de nuestra paciencia? ¿cuánto te tiempo se ha de estar burlando de nosotros ese tu furor? ¿a qué término llegará esa fu desenfrenada audacia? ¡cómo!. ¿Ni la guardia nocturna del monte Palatino, ni las fuerzas esparcidas en toda la ciudad, ni la cons- ternación del pueblo, ni el concurso de todos los hombres de bien, ni el lugar fortificado escogido para esta Asamblea, ni las miradas indignadas de todos los senadores, nada ha podido retraerte? ¿No ves que tus proyec- tos están descubiertos? ¿qué tu conspiración está rodeada de testigos? ¿endadenada por todas partes? ¿te parece atí que hay aquí alguno que nos sepa qué hiciste anoche, qué antenoche, donde estuviste, a quien convocaste y qué resolviste?.

¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres! Todos estos complots, el senado los no- ce, el consul los vé, y Catilina vive todavía. Vive. ¿qué digo? viene al Senado y es admitido entre los consejeros de la República; y con la v- vista destina a cada uno de nosotros a la muerte. Y nosotros, muy precia- dos de hom bres de fortaleza, creemos cumplir con la República con huir el cuerpo a los tiros de este furiosos.

Mucho tiempo há Catilina, que convenía que el cónsul te pusiera en un suplicio., y desargase sobre tu cabeza el golpe mortal que tanto há a dispones tú descargar sobre nosotros. ¿Acaso pudo el esclarecidísimo Escipión Pontífise Máximo, no siendo más que un particular, dá dar muerte a Tiberi Graccho, que alteraba en parte la constitución de la República, y nosotros, siendo cónsules, hemos de sufrir a Catilina, que a todo el, porbe quiere destruir a sangre y fuego? Porque no quiero traer a la memoria aquellos tiempos antiquísimos, cuando Servilio Ahala dió de puñaladas a Spurio Melio, porque penasaba en novedades.

Hubo, hubo en otro tiempo en nuestra República, esa virtud en los varones fuertes, de castigar con más rigor al ciudadano pernicioso que al mayor enemigo. Pues tenemos, Catilina, contra tí un decreto del Senado fuerte y severo. No falta a la República, ni el consejo ni la autoridad de este orden: nosotros, nosotros los cónsules, dígolo claramente, somos los que la faltamos... .. ni

"...¿Qué tienes ya que esperar, Catilina, cuando la noche con su os- curidad, puede encubrir tus horribles juntas, ni las paredes de una casa particular guardar el secreto de tu conjuración? ¿ Si todo se sabe, si se publica todo? Muda de pensamiento, y creeme? No pienses ya en muertes ni en incendios. No tienes refugio. Mas claros que la luz del mediodía son para nosotros todos tus designios, lo que puedes reconocer ahora conmigo.

"... Reconoce por fin conmigo aquella noche pasada. Ya entenderas que es- toy más alerta para salvar la República que tu para arruinarla. Digo que la noche pasada fuiste entre una tropa de espadachines, ¿no me andar.e con

rebozo) a la casa de Leca: que concurrieron al mismo lugar muchos cómplices en tu locura y maldad. ¿Te atreves a negar ésto? ¿Por qué callas? te conveneceré, si lo niegas; aquí en el Senado estoy viendo algunos que se hallaron allí contigo.

Oh, Dicesse inmortales! ¿en dónde estamos? ¿en qué ciudad vivimos? ¿qué República es la nuestra? Aquí, aquí entre nosotros, padres conscriptos, en este consejo, el más sagrado y grave del orbe, tenemos a los que piensan en mi muerte, y la de todos vosotros la de Roma y la del mundo entero. A estos está viendo el cónsul, y les pregunta su parecer sobre la República; y a unos hombres, que fuera razón hacer piezas a cuchilladas, ni aún con las palabras los vulnera. Te hallaste, pues, Catilina, en casa de Leca aquella noche, diste tribuiste la Italia por partes, determinaste a donde querías que fuere cada uno, hiciste elección de los que habían de quedar en Roma y de los que había de sacar contigo, señalaste los parajes por donde se había de incendiar la ciudad, aseguraste que tu saldrías muy presto: más digiste que necesitabas dilatar tu partida, porque yo vivía. No faltaron dos aballeros romanos que te sacasen de ese cñdado y se ofreciesen para matarme en mi cama aquella misma noche, un poco antes de amanecer. Todas esas cosas averigué yo apenas acababa de disolver vuestra junta: fortifiqué y aseguré mi casa con más gente y negué la entrada a los caballeros que tú habías enviado a saludarme de madrugada, que fueron los mismos que yo había prevenido a muchos sujetos de mayor carácter, que a aquella hora irían a verme...

Puede ser te gustosa, Catilina, la luz que nos alumbrá, el aire que respiramos, cuando sabes que no hay ninguno entre todos estos que ignore que la víspera de las kalendas de enero, El último día del consulado de Lépido y Tulio, te hallabas en la plaza de los comicios, armado de un puñal, que juntaste gente para matar a los consules y principales de la ciudad; que se frustró tu furioso y execrable intento, no por alguna consideración que hicieses o por temor que concibieses, sino por la fortuna del pueblo romano? Y no quiero decir nada de aquellos otros atentados, porque son sabidos o sucedieron poco después. ¿Cuántas veces intestaste quitarme la vida, tanto estando nombrado cónsul, como cuando no lo era? ¿cuántos tiros tuyos disparados con tal tin que parecía imposible librarme, con sólo ladearme un poco, y como dicen, hurtando el cuerpo, los evité yo? Nada tratas, nada pretendes, nada ideas que yo no sepa a tiempo. Y sin embargo, no desistes de tus intensos y esfuerzos. ¿Cuántas veces te he sacado ya ese puñal de las manos? ¿Y cuántas, por alguna casualidad se te cayó, y se te escurrió de entre ellas? Y con todo eso, no puedes estar sin el mucho tiempo. Cierito yo no se con que ceremonias le has consagrado, cuando tienes por preciso clavarle en el pecho de un cónsul.

¿Mas ahora, qué vida es esa tuya? Porque ya quiero hablar contigo en términos que parezca me mueve la compasión, que totalmente desmereces, y no el odio, de que eres digno. Entraste poco ha en el Senado, ¿Quién de este tan numeroso concurso, de tanto amigos y parientes tuyos te saludó? Si no hay memoria de que esto haya pasado a ningún otro, ¿aguardas que te afrenten con las palabras, cuando tienen sobre tí el severísimo juicio de tu silencio?

y las circunstancias de que a tu llegada que daran esos asientos desocupados y todos los consulares, que muchas veces has desinado a la muerte, apenas te sentaste, dejaron desamparados y vacíos todos los asientos que están a tu lado. ¿cómo piensas llevar esto? A fe mía, que si me viera temido y de mis mismos esclavos en la forma que tu te vez de tus compatriotas, pensaría en dejar mi casa. ¿Y tu no piensas en dejar la ciudad? Y si llegara a caer aunque sin culpa mía, en tan atroz sospecha y odio de mis conciudadanos, elegiría antes privarme de su vista, que el ser mirado de todos con malos ojos. Y tú que por el remordimiento de tu conciencia reconoces que el odio universal que se te tiene es justo, y está muy de antemano merecido, ¿no te determinas de huir de la vista y presencia de aquellos cuyos ánimos ofendes. Si tus padres te temieran y aborrecieran, y no los pudieses aplacar por ningún medio, me parece a mí que te irías de su vista a otra parte. Ahora, pues la patria, que es nuestra madre común, te aborree y tema, y ~~sepa~~ ya tiempo ha que está en la infeligencia de que tu en nada piensas ~~seguir~~ sino en su ruina.

ruina? ¿No respetarás su autoridad, no seguirás su dictamen, no temblarás de su fuerza? Ella trata contigo, Catilina, en en cierta manera te dice sin hablar: Ninguna maldad se ha hecho, ya há tantos años, que no fue e por tí, ningún escándalo sin tí, : sólo tú, e impunemente diste la muerte a muchos ciudadanos, y maltrataste y robaste a los aliados, tú pudiste no solo menospreciar las leyes y pesquizas, sino también hecharlas por tierra y hollarlas. Pero lo pasado, aunque no era de sufrir, con todo lo toleré como pude, Más el que ahora esté todo en contínuo sobresalto por tí; que a cualquier ruido tiemble a Catilina; que le parezca que no se puede tomar resoluciónninguna contra mí que desdiga de tu maldad, estas ya no son cosas que se puedan sufrir. Y así, vete y sácame de este susto: si es fundado, para que no me vea oprimido, y si no lo es, para que deje por fin algún día detener... ..

Por lo cual, padres conscriptos, repárense los malos, apartense de los buenos, juntense en un lugar, estén finalmente separados de nosotros con un muro de por mediocomo ya muchas veces dije, dejen de poner acechanzas al cónsul en su propia casa, de cercar al tribunal del pretor urbano de sitiar con las espadas la curia, de prevenir manojos de sarmientos para poner fuego a la ciudad, Tenga por fin escrito cada uno en la frente su sentir acerca de la República. Yo os prometo, padres conscriptos, que será tanta la actividad de los cónsules, tanto el peso de vuestra autoridad, tanto el valor de los caballeros romanos, tanta la conformidad de todos los buenos, que con la salida de Catilina lo veais todo descubierdo, aclarado, oprimido y castigado.

Por todo lo cual, marcha Catilina, a esa guerra impía y maldada, ma para mucho bien del Estado, para tu mal y perdición, y la de los que se hicieron cómplices contigo en toda clase de maldades y en el parricidio a de su patria. Y tú, Jupiter, establecido en tu templo por Rómulo, bajo los mismos auspicios de esta ciudad, a quién justamente se ha dado el título de conservador de Roma y su imperio, alejarás a este y sus cómplices de tus altares y de otros templos, de las casas y murallas, y le estorbarrás la muerte despojo de todos los ciudadanos, y a todos los enemigos de de los hombres de bien y de la patria, ladrones de Italia, aliados entre sí con la alianza de las maldades, e impiamente coaligados, los afligirá en vida y después de muertos con Eternos castigos.""

Salvadas palabras lasque pronunció, el ~~cónsul~~ gran cónsul. Nadie defendió a Catilina, y Marco Tulio Cicerón Triunfó. ~~El padre~~, ~~el~~ ~~de~~ ~~en~~ Catilina, pidió autorización al Senado para matar a los principales sucesores del caudillo, autorización que obtuvo. Esto levantó grandes protestas de parte de algunos, como Cesar, los que reclamaron. Cicerón entonces, al dar cuenta al pueblo de su obra, ~~pronunció~~ pronunció este juramento: "Juro, esclama, atestiguando con su conciencia, su patria y los dioses, juro que he salvado la República. Y entre los aplausos de la multitud, es proclamado Padre de la Patria y es llevado en andas hasta el umbral de su casa.

Pero Cesar, Pompeyo, Craso, y sobre todo Clodio, movidos por la envidia, irresistible a todo hombre, quisieron vengar a Catilina y terminar con Cicerón. En vano trata éste de salvar la República, en vano pide ayuda al Senado, en vano hace valer su popularidad en el pueblo. Con Clodio llega a Roma la anarquía. Viendo entonces perdida la república, resuelve ~~en~~ en la grecia, donde podría dedicarse a sus estudios filosóficos, Clodio, dando alas al populacho, incendia en Roma su casa, saquea la ciudad y asesina a medio mundo.

Viendo esto el Senado, coaligado con Pompeyo contra Clodio, logran vencerlo. Se decreta entonces el regreso de Cicerón.

Vuelve el padre de la patria a Roma, y es escoltado por una inmensa multitud hasta su casa.

Pero, por desgracia, casi siempre se imponen los partidos del desorden sobre la cordura, pues ellos cuentan con la ~~mayoría~~ ~~del~~ ~~mayoría~~ del pueblo. ~~Si~~ Si no es este el que triunfa, es el de las armas, pues tiene la fuerza. ~~Lo~~ ~~primero~~ ~~dominó~~ Lo primero dominó por un tiempo en roma, con Clodio, y luego lo segundo con Cesar y sus descendientes.

Cicerón, no queriendo estar en Roma bajo el gobierno de Clodio, la abandonó, retirándose a su casa de campo. Allí escribe dos poemas épicos. Uno que canta las azafias de César y otro sus propias desventuras. // En Roma, // las cosas // iban // bastante // mal // con // Clodio. Entretanto en Roma, un amigo suyo, Milón, asesinaba a Clodio. Milón fue juzgado por el pueblo, y Cicerón lo defendió en una bella pieza oratoria. para conocer verdaderamente la elocuencia de este orador, convendría leer este discurso, un modelo en su género. // No // lo // olvidé // aquí, // por // que // se // alargaría // demasiado // el // trabajo.

Poco tiempo después fue nombrado pro consul de Sicilia. Fueron tales sus obras, que las provincias lo proclamaron su padre y el ejército Imperator.

Mas, el odio entre César y Pompeyo crecía. Un día no muy lejano, llegaría la guerra fratricida, que terminaría definitivamente con la República.

Pompeyo huye con sus ejércitos, dejando a César el camino expedito para entrar a Roma. Cicerón era el único hombre que podía salvar la República pero se mantuvo indeciso, indecisión que le ha costado gran parte de su popularidad y que para posteridad le ha reprochado. Cuando quiso hacer algo ya era tarde.

Ha aquí una carta que dirige a un amigo suyo. Atilo, pidiéndole consejos sobre el camino que debe seguir, en la cual se puede ver el estado de ánimo en que se encontraba.

Me dices que me acuerde de mi mismo, de las máximas, de mis escritos, de mis discursos, de mis acciones pasadas, y que las tome por jueces de lo que tengo que hacer hoy. Te lo agradezco, no me des otro ejemplo y otro consejo que yo mismo, pero concidrad si en alguna República, cualquiera que esta sea, un jefe de partido cometió nunca faltas tan vergonzosas como las de nuestro amigo Pompeyo, quien abandonando a Roma, desampara la misma patria por la cual yuen la cual su deber y su gloria eran morir.

Me habláis en vuestra alegría, al agrigo de los acontecimientos, tranquilo en vuestra casa, ignoráis nuestras calamidades, nuestras miserias, nuestras verguanzas, que nos vemos expulsados de nuestras casas, despojados de nuestros bienes, caminando al acaso con nuestras mujeres y nuestros hijos, entre dos ejércitos prontos a chocarse sobre nuestras ruinas!... Y no es por la vistoria por lo que hemos sido obligados a abandonar a Roma, es por la demencia de nuestro jefe Pompeyo, de un hombre sobre quien descansan nuestros destinos, cuyas mortales enfermedades nos amenazan casi a cada año con sorprendernos! Por él abandonamos nuestra patria, no para reconquistarla volviendo a ella más fuertes y más invencibles, sino para entregarla a las llamas y al pillaje de nuestros enemigos. !... Ve ahí por que estamos aquí con esta multitud de ciudadanos que han salido con nosotros de Roma! Roma está desierta, no hay nadie en la ciudad ni en los arrabales ni en las casas de campo ni en las cercanías de la villa! y Pompeyo no nos encuentra aún basyante desterrados en esta ribera del mar; nos llama cerca de él en la Pulla. ¿Qué deducir de esto? Amo a Pompeyo, estoy pronto a sacrificarme por él, pero debo pensar en la Patria. y la patria, sin embargo, no es un hombre!... ¿No teng grandes ejemplos para no abandonar la patria ni sujetarme a un tirano? ¿Sócrates la abandonó mientras que Atenas gemía bajo los treinta tiranos? Os he dicho, en efecto, que prefiero ser vencido con Pompeyo que vencedor con César; si, pero con Pompeyo digo no de si mismo y semejante a si mismo, no con Pompeyo huyendo antes de saber que él fué, y sin saber donde fué, con Pompeyo entregando sin combate a la patria nuestros hijos, nuestras mujeres, nuestras bienes, nuestras leyes nuestras vidas a la tiranía. La suposición que yo hacía está ya realizada. Es hecho, si soy vencido con este hombre y por este hombre. Acordáos que siempre he sido de parecer desde luego que precisaba a toda costa evitar el choque entre esos dos jefes de partido, después que no convenia por nada abandonar no solamente la Italia, sino Roma misma. Llevo el luto de la República!... Ved que hombre tenemos en César. Qué perspicacia, qué prontitud! que vigilancia, qué acierto en todo! Si él no permite el asesinato ni la venganza, ni la proscripción, va ha ser a un tiempo el ídolo de estos romanos a quienes ayer aterraba, Oigo conversar en torno mío a una multitud de ciudadanos y de aldeanos; no piensan ya más que en sus campos, que en sus casas ruastias, que en sus pequeños escudos, Reflexionar un poco sobre la versatilidad de las almas. Temen al presente al Pompeyo que ayer era su ídolo y su apoyo, comienzan a adorar a este César que ayer temían como su azote..

Y luego, indignado con Cesar, dice:

Oh miserable! esclama, ; oh ladrón de leyes! oh bandido! oh devastador de su patria!... Y sin embargo todo el mundo viene a mí para reunirse con ~~el~~ Pompeyo, hoy este, mañana aquel. Y sé que los buenos y grandes ciudadanos que han sido el honor y el apoyo de Roma, condenan en mí estas lamentaciones!... Y si vacilo aun en partir...

Ah, bien, partamos puéd, y para probar que soy un bueno y grande ciudadano, vamo además a llevar por tierra y por mar la guerra civil a nuestra infortunada patria!... Cesar

Cesar le pedía que permaneciese neutral, pero como a Cicerón le pareciere este un crimen, decidió abandonar Roma e ir a juntarse con Pompeyo. Cesar persigue entonces a Pompeyo con sus ejércitos. En la Tesalia, en una pequeña llanura llamada Farsalia, se desarrolló aquella batalla que acabó con la Libertad y con la República.

Pompeyo, arruinado y vencido, vestido de luto, con ropas raídas, se dirige al Egipto, donde es asesinado a traición. Fue esa la muerte del que el mismo se llamaba el primer ciudadano Romano.

Cicerón, separado de sus amigos, vuelve a Roma, donde se dedica única y exclusivamente a sus estudios filosóficos y poéticos.

Escribió allí aquellos libros admirables: Investigaciones sobre la existencia y la naturaleza de los dioses, y De la República, esta última su obra maestra. Mientras Cicerón vivía aislado, Bruto, Casio y sus amigos asesinaban a Cesar. Bruto era hijo adoptivo de Cesar, motivo por el cual, asombrado Cesar, ~~Alto~~ exclamó cuando lo vió surgir con el puñal levantado: ¡Y tú también, Bruto! Estas fueron las últimas palabras de aquel hombre.

Terminó así la vida de ese gran soldado que asombró al mundo entero, pagando con la vida, su crimen, el de la tiranía.

¡Es esta la muerte que corresponde a todos los tiranos!

Fue entonces Antonio, un lugarteniente suyo, el que se apoderó del poder y se hizo más agudo la tiranía de su antecesor.

Pronto surgió un hombre llamado a pacificar los espíritus. Tal era Octavio, más tarde Augusto, sobrino y heredero de Cesar.

El crédito de Antonio decayó, y fue entonces cuando Cicerón pronunció aquellos los inmortales discursos en su contra, que se conocen con el nombre de Filípicas. Cicerón y Octavio se unieron como un padre y un hijo, pero, mientras el primero a los 64 años de edad trataba de salvar la República el segundo lo traicionaba formando con Antonio y Lépido un Triunvirato. Y aquel hombre en el que Cicerón confiaba, se transformó en ~~su~~ su verdugo y en el continuador de la tiranía, fundando el Imperio. Fue

Fue la primera obra de este triunvirato de sangre, la muerte del más grande de los ciudadanos romanos. Marco Tulio Cicerón.

Cuando este se dirigía con sus amigos en su litera a tomar el barco para abandonar la patria, fue asesinado cruelmente por Antonio y sus secuaces. La cabeza de Cicerón fue colocada en la misma tribuna en que había arengado al pueblo contra Antonio, poco tiempo antes, en sus famosas Filípicas.

La mujer de Antonio, sedienta de sangre, pidió la cabeza y le atravesó la lengua con una orquilla.

¡Deshonra eterna para su sexo y el pueblo romano! dice Lamartine.

Muerto Cicerón, murió la República.

Al entrar a criticar a este grande hombre, me referiré principalmente a las cualidades y defectos de su estilo, y a la variedad de géneros que cultivó, ya que a mi parecer, no soy capacitado para analizar el fondo de sus obras, es decir, su filosofía. Mi fallo será por lo tanto, único y exclusivamente perso al.

Las obras Ciceronianas las podríamos clasificar según el tema, en: Oratorias, Didácticas o filosóficas y Cartas.

Las primeras son las que más fama han dado a Cicerón, principalmente en el orden jurídico, ya que ocupa el primer lugar en el orbe entre los que se han distinguido en este género de oratoria. Entre estos debemos distinguir las Verrinas contra Verres y Las famosas arengas en defensa de Milón asesino de Clodio, que son consideradas por muchos como lo mejor de Cicerón.

En las de orden político tenemos la Catilina, cuatro brillantísimos discursos contra Catilina y las catorce FILÍPICAS, contra Antonio.

Los discursos de Cicerón se distinguen por el método, el plan y el orden de sus argumentos, No trata de apasionar al auditorio, sino después de haberlo convencido.

"No ha habido escritor alguno, dice Barros Arana, que enozca mejor que Cicerón el poder de las palabras, la claridad y el vigor que la estructura gramatical suele dar a la sentencia."

La principal característica de los discursos de Cicerón es a mi parecer, la claridad, la elegancia y la uniformidad. Su gran popularidad en el pueblo la debió, este gran hombre, a su elocuencia.

"Así como el genio de los romanos es superior a sus conquistas, dice Julio César, así la gloria que Cicerón se ha adquirido por su elocuencia es superior a la que los guerreros adquieren por sus virtudes militares"

~~Entre~~ Las ~~obras~~/retóricas/ segundas se distinguen por la gran filosofía y la moral que encierran, la obra Retórica ORATOR(El Orador) en la que explica el arte oratorio; las obras políticas sobre la República(De REPUBLICA) y sobre las leyes(De LEGIBUS). Tenemos además sus libros filosóficos DE OFFICIIS(Tratado de los Deberes) y sus diálogos sobre la Elocuencia, la Vejez y la Amistad.

Las cartas de Cicerón en número de 800, constituyen una de sus obras más interesantes, ya que contienen una gran enseñanza moral. De todas sus obras, como hemos dicho, se distinguen las oratorias. Fuera de estas, sus mejores obras son De República, De Legibus y De Officiis, de las cuales decía el mayor de los Plinios a su emperador, no solamente deben ser leídas sino que aprendidas de memoria, y no deben olvidarse jamás."

Uno de los fragmentos más interesantes de sus obras es El Sueño de Scipión, del Libro De República.

Las principales características de Cicerón son:

La variedad de géneros que cultivó,

El gran conocimiento que tenía de toda la ciencia de su época.

La nobleza de sus sentimientos

El manejo del lenguaje

y la gran fuerza y armonía de su estilo.

"Este grande hombre, dice Villemain, no ha perdido nada de su gloria a través de los siglos: queda en primera línea como orador y como escritor. Quizás, si se le considera en el conjunto y en la variedad de sus obras, es permitido ver en él al primer escritor del mundo, y aunque las creaciones más sublimes y más originales en el arte de escribir pertenezcan a otros, Cicerón es quizás el hombre que se ha servido de la palabra con más ciencia y con más genio, y que, en la perfección habitual de su elocuencia y de su estilo, ha empleado más belleza y dejado menos defectos?"

~~Este~~/hombre/Cicerón, juzgado por su patriotismo, es un ejemplo de amor a la patria; juzgado a través de la Literatura Universal, Brilla como el más grande de los hombres que han cultivado las letras


Patricio Aylwin Azócar

Stiembre d 1933

(Liceo de San Bernardo, 4º año.)